

CAPÍTULO II

La mentalidad mística y la mentalidad jacobina.

§ 1.—CLASIFICACIÓN DE LAS MENTALIDADES PREDOMINANTES EN ÉPOCAS DE REVOLUCIÓN.

Las clasificaciones, sin las que es imposible el estudio de las ciencias, forzosamente establecen lo discontinuo en lo continuo, y son siempre, por esta razón, un poco artificiales. Sin embargo, son necesarias, ya que lo continuo no es asequible sino bajo la forma de discontinuo.

Crear distinciones precisas entre las diversas mentalidades observadas en épocas de revolución, como vamos á hacerlo, es separar, visiblemente, elementos que coinciden unos con otros, se fusionan ó se superponen. Es preciso resignarse á perder un poco en exactitud para ganar en claridad. Los tipos fundamentales enumerados al fin del capítulo precedente, y que ahora trataremos de describir, sintetizan grupos que se escapan al análisis si se desea estudiarlos en toda su complejidad.

Hemos visto que el hombre se halla conducido por lógicas diferentes que se yuxtaponen sin influenciar en tiempo normal. Bajo la acción de sucesos diversos, se ponen en conflicto y las irreduc-

tibles diferencias que las separan se manifiestan claramente originando considerables trastornos individuales y sociales.

La lógica mística, que pronto observaremos en el alma jacobina, desempeña un importante papel. Pero no es sola en obrar. Las otras formas de lógica: lógica afectiva, lógica colectiva y lógica racional pueden predominar, según las circunstancias.

§ 2.—LA MENTALIDAD MÍSTICA.

Dejando á un lado, por el momento, la influencia de las lógicas afectiva, racional y colectiva, nos ocuparemos solamente del papel considerable de los elementos místicos que dominaron tantas revoluciones; la nuestra sobre todo.

La característica del espíritu místico consiste en la atribución de un poder misterioso á seres ó fuerzas superiores, concretado bajo forma de ídolos, fetiches, frases y fórmulas.

El espíritu místico está en la base de todas las creencias religiosas y de la mayor parte de las creencias políticas.

Estas últimas se desvanecerían á menudo si fuese posible despojarlas de los elementos místicos que constituyen los verdaderos sostenes.

Injerta en sentimientos é impulsos pasionales que orienta, la lógica mística da su fuerza á los grandes movimientos populares. Hombres poco propicios á dejarse matar por razones, sacrifican fácilmente su vida en holocausto de un ideal místico que ha llegado á ser objeto de adoración.

Los principios de la Revolución en seguida inspiraron una corriente de entusiasmo místico, aná

logo al provocado por las diversas creencias religiosas que le habían precedido. No hicieron sino cambiar la orientación de una mentalidad ancestral, solidificada por los siglos.

Nada, pues, hay de extraño en el terror indómito de los hombres de la Convención. Su mentalidad mística fué la misma que la de los protestantes en los momentos de la Reforma. Los principales héroes del Terror, Couthon, Saint-Just, Robespierre, etcétera, eran apóstoles. Semejantes á Poyeucte, destruían los altares de los falsos dioses para propagar su fe; soñaban con catequizar el universo. Su entusiasmo se extendió por el mundo. Persuadidos de que sus fórmulas mágicas bastarían para derribar los tronos, no dudaban en declarar la guerra á los reyes. Y como una fe fuerte y arraigada es siempre superior á una fe vacilante y dudosa, combatieron contra Europa victoriosamente.

El espíritu místico de los jefes de la Revolución se traicionaba en los más pequeños detalles de su vida privada. Robespierre, convencido de poseer el apoyo del Altísimo, aseguraba en un discurso que el Ser supremo había «decretado la República desde el comienzo de los tiempos». En su calidad de gran pontífice de una religión de Estado hizo votar un decreto á la Convención, declarando que «el pueblo francés reconocía la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma».

En honor de ese Ser supremo, sentado en una especie de trono, pronunció un largo sermón.

El club de los jacobinos, dirigido por Robespierre, había acabado por tomar todo el aspecto de un concilio maximiliano, y proclamaba: «la idea de un gran ser que vela sobre la inocencia oprimida y que castiga el crimen triunfante».

Todos los heréticos que criticaban la ortodoxia jacobina eran excomulgados, es decir, enviados al tribunal revolucionario, del que no se salía más que para subir las gradas del patíbulo.

La mentalidad mística, de la que Robespierre fué el más célebre representante, no murió con él. Hombres de idéntica mentalidad existen aún entre los políticos de nuestros días. Las antiguas creencias religiosas no reinan ya en su alma; pero ésta se ajusta á credos políticos rápidamente impuestos, como Robespierre imponía el suyo, si para ello tuvieran posibilidad. Siempre dispuestos á hacer perecer para propagar su creencia, los místicos de todas las edades emplean el mismo sistema de persuasión cuando llegan á ser los dueños.

Es, pues, natural que Robespierre cuente todavía con muchos admiradores. Almas moldeadas sobre la suya se encuentran á millares. Al guillotinarlo, no se guillotinaron sus concepciones de las cosas; viejas como la humanidad, no desaparecerán más que con el último creyente.

Ese aspecto místico de la Revolución pasa desapercibido para la mayoría de los historiadores. Todavía persistirán largo tiempo en querer explicar por la lógica racional una cantidad de fenómenos que les son extraños. En otro capítulo ya cité aquel párrafo de la historia de los Sres. Lavisse y Rambaud, donde se explica la Reforma diciendo que fué «resultado de libres reflexiones individuales que sugirieron en las gentes sencillas una conciencia muy piadosa y una razón muy osada».

Tales movimientos nunca son comprendidos cuando se les supone un origen racional. Políticas ó religiosas, las creencias que han conmovido el mundo poseen un origen común y siguen las mis-

mas leyes. No es por la razón, sino frecuentemente contra toda razón, como se han formado. El Budismo, el Cristianismo, Islamismo, Reforma, Hechicería, Jacobinismo, Socialismo, Espiritismo, etc., parecen creencias bien distintas.

Sin embargo, vuelvo á repetirlo, tienen idénticas bases afectivas y místicas y obedecen á lógicas sin relación con la lógica racional. Su potencia reside precisamente en que la razón tiene tan poca acción para crearlas como para transformarlas.

La mentalidad mística de nuestros apóstoles políticos actuales aparece con toda claridad en un artículo consagrado á uno de nuestros últimos ministros, publicado en un gran diario:

«Se pregunta en qué categoría está afiliado el Sr. A. ¿Se imagina tal vez pertenecer al grupo de los que no creen? ¡Qué irrisión! Bien sabido es que el Sr. A. no adopta ninguna fe positiva, que maldice Roma y Ginebra, rechaza todos los dogmas tradicionales y todas las iglesias conocidas. Pero si así juzga, á tabla rasa, lo hace para fundar sobre el terreno limpio y despejado su propia iglesia, más dogmática que otra alguna, y su propia inquisición, cuya brutal intolerancia nada tendría que envidiar de la de los más notorios Torquemada. No admitiremos, declara, la neutralidad escolar. Pedimos la instrucción laica en toda su plenitud y somos, por consiguiente, adversarios de la libertad de enseñanza». Si no habla de preparar la hoguera es por causa de la evolución de las costumbres, que se ve obligado á tomar en cuenta, bien á su pesar, en cierta medida. Pero no pudiendo enviar á las gentes al suplicio, invoca el brazo secular para condenar á muerte las doctrinas. Este es siempre exactamente el punto de vista de los grandes inquisidores. Siempre es el mismo atentado contra el pensamiento. Ese libre pensador tiene el espíritu tan libre, que toda filosofía que no acepta le parece, no sólo ridícula y grotesca, sino perniciosa. El sólo se lisonjea de estar en posesión de la verdad absoluta. Tiene una certidumbre tan completa, que todo impugnador le hace el efecto de un monstruo execrable ó de un enemigo público. No sospecha ni por un momento que sus

puntos de vista personales no son, después de todo, más que hipótesis para las que es tanto más irrisible reclamar un privilegio de derecho divino cuando suprimen la divinidad precisamente. O al menos pretenden suprimirla; pero la restablecen bajo otra forma, que induce en seguida á añorar las antiguas. El Sr. A. es un sectario de la diosa Razón, de la que hace un Moloch opresor y alterado de sacrificios. No más libertad de pensamiento, sea para quien sea, exceptuados él y sus amigos: tal es el libre pensamiento del Sr. A. ¡La perspectiva es realmente atractiva! Pero, desde hace algunos años, se han abatido muchos ídolos para postrarse ante éste.»

Es de desear para la libertad que esas sombras fanáticas no se adueñen definitivamente de nosotros.

Dado el poco imperio de la razón sobre las creencias místicas, es inútil querer discutir, como se hace tan á menudo, el valor racional de las ideas políticas ó revolucionarias cualesquiera.

Sólo nos interesa su influencia. Poco importa que las teorías sobre la igualdad supuesta de los hombres, sobre la bondad primitiva, sobre la posibilidad de rehacer las sociedades por medio de las leyes, hayan sido desmentidas por la observación y la experiencia. Esas vanas ilusiones deben clasificarse entre los móviles de acción más poderosos que la humanidad haya conocido.

§ 3.—LA MENTALIDAD JACOBINA.

Aunque el término de mentalidad jacobina no forme parte de ninguna clasificación, lo empleo, sin embargo, ya que resume una combinación claramente definida que constituye una verdadera especie psicológica.

Esta mentalidad domina á los hombres de la Revolución francesa, pero no le es particular, puesto

que representa todavía el elemento más activo de nuestra política.

La mentalidad mística estudiada más arriba es un factor esencial del alma jacobina; pero no basta á constituirla. Otros elementos, que pronto examinaremos, deben intervenir.

Los jacobinos no dudan, por ningún concepto, de su misticismo. Por el contrario, pretenden hallarse guiados únicamente por la razón pura. Durante la Revolución, sin cesar, la invocaban y la consideraban como el único guía de su conducta.

La mayoría de los historiadores han adoptado esta concepción racionalista del alma jacobina, y Taine ha compartido el mismo error. En el abuso del racionalismo es donde busca el origen de una gran parte de los actos de los jacobinos. Las páginas que les consagra contienen además muchas verdades y, como en añadidura son muy notables, reproduzco aquí los fragmentos más interesantes.

«Ni el amor propio exagerado, ni el razonamiento dogmático, son raros en la especie humana. En todos los países subsisten esas raíces indestructibles y subterráneas del espíritu jacobino. A los veinte años, cuando un joven hace su entrada en el mundo, su razón, al propio tiempo que su orgullo, están marchitos. En primer lugar, cualquiera que sea la sociedad donde está comprendido, es un escándalo para la razón pura, ya que no es un legislador filósofo quien la ha construido, de acuerdo con un principio simple: son generaciones sucesivas las que la han dispuesto, según sus necesidades múltiples y cambiantes. No es obra de la lógica, sino de la historia, y el razonador incipiente se sacude de hombros ante esta obra vieja, cuyo asiento es arbitrario, cuya arquitectura es incoherente y aparentes sus reparaciones... La mayoría de los jóvenes, sobre todo los que tienen el camino por recorrer, son más ó menos jacobinos á la salida del colegio... Los jacobinos nacen en la descomposición social como los hongos en terreno que fermenta... Considerad los monumentos auténticos de su pensamiento... los discursos de Robespierre, de

Saint-Just, los debates de la Legislativa y de la Convención, las arengas, alocuciones y relaciones de los girondinos y montañeses... Jamás se habló tanto para decir tan poco; la verborrea huera y el énfasis ahogan toda verdad bajo su monotonía y su ampulosidad. Para los fantasmas de su cerebro razonador, el jacobino está lleno de respeto; á sus ojos son más reales que los hombres vivientes y su sufragio es el único que tienen en cuenta... andará con sinceridad en el cortejo que le hace un pueblo imaginario... Los millones de voluntades metafísicas que ha fabricado á imagen de la suya, le sostendrán de su asentimiento unánime y proyectará al exterior, como un coro de triunfal aclamación, el eco interior de su propia voz.»

Á la par que admiro la descripción de Taine, creo que no se ha penetrado con exactitud de la verdadera psicología del jacobino.

El alma del verdadero jacobino, tanto en la época de la Revolución como en nuestros días, se compone de elementos que es preciso disociar para penetrar en sus funciones.

Este análisis muestra primeramente que el jacobino no es un racionalista, sino un creyente. Lejos de edificar su creencia sobre la razón, moldea la razón sobre su creencia, y si sus discursos están impregnados de racionalismo, lo utiliza muy poco en sus pensamientos y en su conducta.

Un jacobino razonador sería algunas veces accesible á la voz de la razón.

Una observación, hecha desde la Revolución á nuestros días, demuestra que el jacobino jamás ha sido influenciado por un razonamiento por muy justo que fuese.

¿Y por qué no lo es? Únicamente porque su visión de las cosas, siempre muy corta, no le permite resistir á los poderosos impulsos pasionales que le arrastran.

Esos dos elementos, razón débil y pasiones fuer-

tes, no bastarían á constituir la mentalidad jacobina; existe otro todavía.

La pasión sostiene las convicciones, pero no las crea. Sin embargo, el verdadero jacobino tiene convicciones enérgicas. ¿Cuál será su apoyo? Aquí es donde aparece el papel de esos elementos místicos cuya acción hemos estudiado. El jacobino es un místico que ha sustituido sus antiguas divinidades por nuevos dioses. Imbuído de la fuerza de las palabras y de las frases, les atribuye un poder misterioso. Para servir á esas divinidades exigentes no retrocedería ante las medidas más violentas. Las leyes votadas por nuestros jacobinos actuales nos dan la prueba.

La mentalidad jacobina se descubre principalmente en los caracteres apasionados y moderados. Implica, en efecto, un pensamiento estrecho y rígido, inaccesible á toda crítica, á toda consideración extraña á la fe.

Los elementos místicos y afectivos que dominan el alma del jacobino le condenan á un extremo simplismo. no apoderándose más que de las relaciones superficiales; nada le impide tomar por realidades las imágenes quiméricas nacidas en su espíritu. Pasa por alto los encadenamientos de los fenómenos y sus consecuencias. Jamás aparta los ojos de su sueño.

No es, como se ve, por el desarrollo de su lógica racional, por lo que peca el jacobino. Posee muy escasa, y por este motivo algunas veces es demasiado peligroso. Allí donde un hombre superior dudaría ó se detendría, el jacobino que pone su débil razón al servicio de sus impulsos, avanza con certidumbre.

Si pues el jacobino es un gran razonador, esto

no significa que esté guiado por la razón. Cuando se imagina ser conducido por ella, su misticismo y sus pasiones le conducen. Como todos los convencidos, confinados en la esfera de la creencia, no puede salir de ella.

Verdadero teólogo combatiente, guarda un extraordinario parecido á aquellos discípulos de Calvino descritos en un capítulo precedente. Hipnotizados por su fe, nada les podía hacer doblegarse. Todos los impugnadores de esa creencia eran juzgados dignos de muerte. También ellos semejaban ser poderosos razonadores. Ignorando, como los jacobinos, las fuerzas secretas que les impulsaban, creían no tener más que la razón por guía, cuando, en realidad, el misticismo y la pasión eran sus únicos dueños.

El jacobino verdaderamente racionalista sería incomprendible, y no serviría más que para desesperar de la razón. El jacobino apasionado y místico es, por el contrario, en extremo inteligible.

Con estos tres elementos, razón muy débil pasiones muy fuertes y misticismo intenso, tenemos los verdaderos componentes psicológicos del alma del jacobino.